

El estudiante de Salamanca

José de Espronceda



FUNDACIÓN
Carlos Slim

El estudiante de Salamanca

Espronceda, José de

Poema

Se reconocen los derechos morales de Espronceda, José de.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

PRIMERA PARTE

Sus fueros, sus bríos,
Sus premáticas, su voluntad.

Quijote, Parte primera. [Cap. XLV]

Era más de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrego, envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas
Vagan, y aúllan los perros
Amedrentados al verlas:
En que tal vez la campana
De alguna arruinada Iglesia
Da misteriosos sonidos
De maldición y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas a su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
No vislumbraba una estrella,
Silbaba lúgubre el viento,
Y allá en el aire, cual negras

Fantasmas, se dibujaban
Las torres de las Iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta o reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo, en fin, a media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tormes, fecundo río,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustres varones,
Noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
Cruje y un ¡ay! se escuchó;
Un ¡ay! moribundo, un ¡ay!
Que penetra el corazón,
Que hasta los tuétanos huela
Y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
Pronuncia el último adiós.
El ruido
Cesó,
Un hombre
Pasó
Embozado.
Y el sombrero
Recatado
A los ojos
Se caló.
Se desliza
Y atraviesa
Junto al muro
De una Iglesia,
Y en la sombra
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
La calle del Ataúd,
Cual si de negro crespón
Lóbrego eterno capuz
La vistiera, siempre oscura
Y de noche sin más luz
Que la lámpara que alumbra,
Una imagen de Jesús,
Atraviesa el embozado
La espada en la mano aún,
Que lanzó vivo reflejo
Al pasar frente a la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
Con franjas de plata bordarla en redor
Y luego si el viento la agita, la sube
Disuelta a los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de nieblas,
Mística y aérea dudosa visión,
Ya brilla, o la esconden las densas tinieblas,
Cual dulce esperanza, cual vana ilusión.

La calle sombría, la noche ya entrada,
La lámpara triste ya pronta a espirar,
Que a veces alumbra la imagen sagrada
Y a veces se esconde la sombra a aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
Y acaso se acerca con rápido pie,
Y acaso en las sombras tal vez desaparece
Cual ánima en pena del hombre que fue,

Al más temerario corazón de acero
Recelo inspirara, pusiera pavor;
Al más maldiciente feroz bandolero
El rezo a los labios trajera temor.

Mas no al embozado, que aún sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,

Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado a su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio
Alma fiera e insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor:
Siempre el insulto en los ojos
En los labios la ironía,
Nada teme y todo fía
De su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

Ni vio fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brío
Recelosa previsión.
Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impías
Un chiste a una maldición.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;
Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,

Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza a igualar
Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

* * *

Bella y más pura que el azul del cielo,
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Ángel puro de amor que amor inspira,
Fue la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazón se abría,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentía,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
Más descuidado el candoroso infante
Que ella en los falsos lisonjeros lazos
Que teje astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,

Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta a todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante a la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, a las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida,
Fueron sus ojos a los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
Cuando su voz escucha embebecida,
Embriagada del dios que la enamora,
Dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA

[No dirge] Except the hollow sea's,
Mourns o'er the beauty of the Cyclades.

Byron, Don Juan, canto, IV, [estrofa LXXII]

Está la noche serena
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como transparente gasa.

Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero: su alba frente
Tímida apenas levanta,

Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
Y en su blanca luz suave
El cielo y la tierra baña.
Deslízase el arroyuelo,
Fúlgida cinta de plata,
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez aduermen las auras,

Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,
Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman;
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Edén en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?
Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello a la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
ora suspira, y se para
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla: es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez a escuchar se para.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:

Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó...
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah!, llora, sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraída tú arrancas

¿Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebató?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡Pobres flores de tu alma!

* * *

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son:
¡Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas

Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!
¡Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro, inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío.
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y a lo lejos un navío
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusión,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones, que aumenta
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura:
¡Ay de ti si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal!

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aún deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

* * *

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó;
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirara allí:
Vedla, que sola se contempla y llora.
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nublo que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento.

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna,
y al margen va del argentado río,
y allí las flores echa de una en una.

Y las sigue su vista en la corriente,
Unas tras otras rápidas pasar.
Y confusos sus ojos y su mente,
Se siente con sus lágrimas ahogar.

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Canción que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu terneza,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmáis del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?

¿Qué me valen la gracia y la belleza,

Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasión que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.

* * *

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta a su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud:
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y a la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse a sus pies la sepultura,
Volvió a su mente la razón perdida.

¡La razón fría!, ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz!, ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió:

«Voy a morir: perdona si mi acento
Vuela importuno a molestar tu oído:
Él es, don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
Adiós; ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona, si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah!, para siempre adiós. Por ti mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oída
Éxtasis celestial fue para mí.
Mi mente aún goza en la ilusión querida
Que para siempre ¡mísera! perdí...
¡Ya todo huyó, desapareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, sí; felices horas;
Presentes siempre en la memoria mía,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aún vienen a halagarme en mi agonía.
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre; mi postrero día
Ha llegado: perdón, perdón, ¡Dios mío!
Si aún gozo en recordar mi desvarío.

»Y tú, don Félix, si te causa enojos
que te recuerde yo mi desventura,
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo a mi tristura
Estos renglones compasivo mira;

Y olvida luego para siempre a Elvira.

»Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres:
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpíte exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

»Adiós, por siempre adiós: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aún arde de mi amor; mi vista errante
Vaga desvanecida... ¡calma luego,
Oh muerte, mi inquietud!... ¡Sola... expirante!
Ámame; no, perdona: ¡inútil ruego!
Adiós, adiós ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y a su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma a la mansión dichosa
Do los ángeles moran... Tristes flores
Brotan la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA

CUADRO DRAMÁTICO

SARG ¿Tenéis más que parar?

FRANCO Paro los ojos.

Los ojos, sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.

Moreto, San Franco de Sena, [Jornada II, Esc. XIV]

PERSONAS

DON FÉLIX DE MONTEMAR

DON DIEGO DE PASTRANA

SEIS JUGADORES

En derredor de una mes
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamás
Otro ruido que el del oro,
O una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido

Se escucha del huracán,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.

ESCENA I

JUGADOR PRIMERO El caballo aún no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO ¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO La sota.

JUGADOR SEGUNDO Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO Un caudal llevo perdido.

¡Voto a Cristo!

JUGADOR SEGUNDO No juréis,

Que aún no estáis en la agonía.

JUGADOR PRIMERO No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO ¿Y como cuánto perdéis?

JUGADOR PRIMERO Mil escudos y el dinero

Que don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO ¿Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO ¡Qué sé yo!

No tardará.

JUGADOR TERCERO Envido.

JUGADOR PRIMERO Quiero.

ESCENA II

Galán de talle gentil.
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada,
Y el aspecto varonil:

Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,
Con airoso continente
Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO (Al que entra)

Don Félix, a buena hora
Habéis llegado.
D. FÉLIX ¿Perdisteis?

JUGADOR PRIMERO El dinero que me disteis
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO Don Félix de Montemar

Debe perder. El amor
Le negara su favor
Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX (Con desdén)

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.
(Al corro con altivez.)
Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.

(Quítase una cadena que lleva al pecho.)

JUGADOR TERCERO Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX (Con altivez)

La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,

Decid.

(Al corro)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO (Aparte)

¿Y hay quién sufra tal afrenta?

D. FÉLIX Entre cinco están hallados.

A cuatrocientos ducados

Os toca, según mi cuenta.

Al as de oros. Allá va.

(Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.)

Uno, dos...

(Al perdidoso)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO Por el motivo lo siento

JUGADOR TERCERO ¡El as!, ¡el as!, aquí está.

JUGADOR PRIMERO Ya ganó.

D. FÉLIX Suerte tenéis.

A un solo golpe de dados

Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO ¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO (A don Félix)

Los perdéis.

D. FÉLIX Perdida tengo yo el alma

Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO Tirad.

D. FÉLIX Al primer envite.

JUGADOR TERCERO Tirad pronto.

D. FÉLIX Tened calma,

Que os juego más todavía,

Y en cien onzas hago el trato

Y os lleváis este retrato

Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO ¿En cien onzas?

D. FÉLIX ¿Qué dudáis?

JUGADOR PRIMERO (Tomando el retrato)

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO No es caro.

D. FÉLIX ¿Queréis pararlas?

JUGADOR TERCERO Las paro.

Mas ganaré.

D. FÉLIX Si ganáis (Se registra todo)

No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (Mirando el retrato)

Si esta imagen respirara...

D. FÉLIX A estar aquí la jugara

A ella, al retrato y a mí.

JUGADOR TERCERO Vengan los dados.

D. FÉLIX Tirad.

JUGADOR SEGUNDO Por don Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO Cincuenta más. Esperad,
No tiréis.

JUGADOR SEGUNDO Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO Yo, sin blanca, a Dios le ruego
Por don Félix.

JUGADOR QUINTO Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO ¿Tiro?

D. FÉLIX Tirad con sesenta

De a caballo.

(Todos se agrupan con ansiedad alrededor de la mesa.)

El tercer jugador tira los dados.)

JUGADOR CUARTO ¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO ¡Mil demonios, que a los dos
Nos lleven!

D. FÉLIX (Con calma al primero)

¡Bien, vive Dios;
Vuestros ruegos me han valido
Encomendadme otra vez,
Don Juan, al diablo; no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO Don Félix, habéis perdido

Solo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intención no habrá sido.

D. FÉLIX ¿Cuánto dierais por la dama?

JUGADOR TERCERO Yo, la vida.

D. FÉLIX No la quiero.

Mirad si me dais dinero,
Y os la lleváis.

JUGADOR TERCERO ¡Buena fama

Lograréis entre las bellas
Cuando descubran altivas
Que vos las hacéis cautivas
Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX Eso a vos no importa nada.

¿Queréis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX (Con cólera)

Vos habláis con demasiada
Altivez e irreverencia
De una mujer... ¡y si no!...

JUGADOR TERCERO De la pintura hablé yo.

TODOS Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX Sobre mi palabra os juego

Mil escudos.

JUGADOR TERCERO Van tirados.

D. FÉLIX A otra suerte de esos dados;

Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte o de perder la vida,

Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero:
Víbrale al rostro el corazón enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura.
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazón.

Junto a don Félix llega... y desatento,
No habla a ninguno, ni aun la frente inclina;
Y en pie y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.

Miró también don Félix al sombrío
Huésped que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX Buen hombre, ¿de qué tapiz

Se ha escapado, —el que se tapa—,
Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO Bien, don Félix, cuadra en vos

Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX (Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego)

Perdisteis.

JUGADOR TERCERO Sí. La fortuna

Se trocó: tiro y van dos.
(Vuelven a tirar)

D. FÉLIX Gané otra vez.

(Al embozado.) No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablasteis blando o recio
Cuando me habéis respondido.
D. DIEGO A solas hablar querría.

D. FÉLIX Podéis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
Para hacer mi conversión,
No despreciéis la ocasión
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo la absolución.

D. DIEGO (Desembozándose con ira)
Don Félix, ¿no conocéis
A don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX A vos no, mas sí a una hermana
Que Imagino que tenéis.

D. DIEGO ¿Y no sabéis que murió?

D. FÉLIX Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO Pienso que sabéis su historia,
Y quién fue quien la mató.

D. FÉLIX (Con sarcasmo)
¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO ¡Mentís vos!

D. FÉLIX Calma, don Diego,
Que, si vos os morís luego,
Es tanta mi desventura,
Que aún me lo habrán de achacar,

Y es en vano ese despecho.
Si se murió, a lo hecho, pecho.
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO Os estoy mirando y dudo

Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
O echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,
El corazón arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma una vida, es
Satisfacción muy ligera,
Y os diera mil si pudiera
Y os las quitara después.
Jugo a mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas
Basta mi sed a calmar.
¡Villano!

(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.)

TODOS Fuera de aquí

A armar quimera.

D. FÉLIX (Con calma levantándose)

Tened,
Don Diego, la espada, y ved
Que yo estoy muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frío,
En mi colérico brío
Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO (Con furor reconcentrado y con la espada desnuda)

Salid de aquí; que a fe mía,
Que estoy resuelto a mataros,
Y no alcanzara a libraros

La misma Virgen María.
Y es tan cierta mi intención,
Tan resuelta está mi alma,
Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolución.
Venid conmigo.

D. FÉLIX Allá voy

Pero si os mato, don Diego,
Que no me venga otro luego
A pedirme cuenta. Soy
Con vos al punto. Esperad
Cuenta el dinero... uno... dos...
(A don Diego)
Son mis ganancias; por vos
Pierdo aquí una cantidad
Considerable de oro
Que iba a ganar... ¿y por qué?
Diez... quince... por no sé qué
Cuento de amor... ¡Un tesoro
Perdido... Voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate:
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO Remiso andáis y cobarde.

Y hablador en demasía.

D. FÉLIX Don Diego, más sangre fría:

Para reñir nunca es tarde.
Y si aún fuera otro el asunto,
Yo os perdonara la prisa:
Pidierais vos una misa
Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO ¡Mal caballero!...

D. FÉLIX Don Diego,

Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa:
La vi, me amó, creció el fuego,

Se murió, no es culpa mía;
Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO ¿Estáis pronto?

D. FÉLIX Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO ¿Os reís?

(Con voz solemne)

Pensad que a morir venís.

D. FÉLIX (Sale tras de él embolsándose el dinero
con indiferencia)

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV

LOS JUGADORES

JUGADOR PRIMERO Este don Diego Pastrana

Es un hombre decidido.
Desde Flandes ha venido
Sólo a vengar a su hermana.

JUGADOR SEGUNDO ¡Pues no ha hecho mal disparate!
Me da el corazón su muerte.

JUGADOR TERCERO ¿Quién sabe? acaso la suerte...

JUGADOR CUARTO Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA

Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano; que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, a tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(La protección de un sastre, novela original por
D. Miguel de los Santos Álvarez)

Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma

(S. Marc. Evang. XIV, 38)

Vedle, Don Félix es, espada en mano,
Serenos el rostro, firme el corazón,
También de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad a sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataúd;
Y ni medrosa aparición le espanta,
Ni le turba la imagen de Jesús.

La moribunda lámpara que ardía
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los pies el Montemar osado
En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andado,
Súbito junto a él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y a su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento;
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?», pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,
Y a mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hacia él fatídica figura
Envuelta en blancas ropas se adelanta

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa, y se anima, y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
Con más asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira.

Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusión creó,
O del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio a alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente a trastornar bastara,
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgías intentara.

«Dios Presume asustarme: ¡ojalá fuera,
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
Que entonces, vive Dios, quién soy supiera
El cornudo monarca del abismo».

Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió;
Y una mujer, velada en blanco traje,
Ante la imagen de rodillas vio.

«Bienvenida la luz», dijo el impío,
«Gracias a Dios o al diablo»; y con osada;
Firme intención y temerario brío,
El paso vuelve a la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imagen, la devota dama,
Mas si él se para, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima; derrama.

De sus ojos inmóviles la imagen,
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro a rostro a Jesús, Montemar mira.

La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pie;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbra la imagen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pie.

Empero un momento creyó que veía
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traía
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vio en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que nubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras;
Deslízase leve sin ruido su pie.

Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de lejos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusión,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razón.

D. FÉLIX «¡Qué! ¿Sin respuesta me deja?

¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?... ¡Chasco sería!
»En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no:
He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.
»Y he de saber dónde vais
Y si sois hermosa o fea,
Quién sois y cómo os llamáis,
Y aun cuando imposible sea,
»Y si fuerais vos Satanás
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos
Vos delante y yo detrás,
»Hemos de entrar, ¡vive Dios!
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo

Aun a despecho de vos:
»Y perdonadme; señora;
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía⁸¹⁵
Dejaros sola a esta hora:
»Y me va en ello mi fama,
Que juro a Dios no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido a una dama».

Del hondo pecho profundo gemido;
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oído,
Pero que punzante rasga el corazón;

Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de amargo recuerdo pasado;
La blanca figura su pie resbaló,
Cual mueve sus alas sílfide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay!, el que vio acaso perdida en un día
La dicha que eterna creyó el corazón;
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó!...

Y solo y llevando consigo en su pecho;
Compañero eterno su dolor crüel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante más fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,
Insensible el cielo y el mundo a su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo

Serena y en calma mientras él lloró.
Y ha visto los hombres pasar en el suelo
Y nadie a sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió...

¡Ay!, quien ha contado las horas que fueron,
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy sólo y llorando piensa cómo huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer.

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya.

¡Ay!, el que descubre por fin la mentira,
¡Ay!, el que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas loco le arrancó...

¡Ay!, aquel que vive solo en lo pasado...
¡Ay!, el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamara angustiado,
Las horas que huyeron y no tomarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras contó sin dormir
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin...

Quien haya sentido quererle del pecho
Saltar a pedazos roto el corazón;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,
Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,

Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...

Aquel de la blanca fantasma el gemido,
Única respuesta que a don Félix dio,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX «Si buscáis algún ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero o miente ese recato,
O vos sufrís el mal trato
De algún celoso marido.
»¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfía;
Con los mudos, reina mía,
Yo hago mucho y hablo poco».

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de süave melodía
El estudiante oyó que parecía
Eco lejano de armonioso canto;

De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer aún pura.

«Para mí los amores acabaron:
Todo en el mundo para mí acabó:
Los lazos que a la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató».

Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusión traía,
Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fría.

Montemar, atento sólo a su aventura,

Que es bella la dama y aun fácil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos a su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme. —Mirad ¡qué reparo!
—Quizá luego os pese. —Puede que por vos.
—Ofendéis al cielo. —Del diablo me amparo.
—Idos, caballero, no tentéis a Dios.

—Siento me enamora más vuestro despego,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
—¡Vuestra última hora quizá esta será!...

—Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.
—¡Hola, me conoce! —¡Ay! ¡Temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
En penas eternas! —Basta de sermón.

Que yo para oírlos la cuaresma espero;
Y hablemos de amores, que es más dulce hablar,
Dejad ese tono solemne y severo,
Que os juro, señora, que os sienta muy mal;

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella también el placer.
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa a mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío!—
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brío
Siente don Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,

Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa,
Maldecida bruja
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta.
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad;
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre son
Arrulla su sueño
Bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,
Y más allá y más allá;
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atrás,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y a confundirse ya empieza
Y a perderse Montemar,
Que ni sabe a do camina,
Ni acierta ya dónde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad.
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas,
Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos
Que en la tierra, en desigual,
perezoso tranco fijan;

Y a su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral,
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compás:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal
Oye su nombre en los ecos
De las campanadas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y desaparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De extraño empuje llevado
Con precipitado afán;
Entre tanto que su guía
Delante de él sin hablar,
Sigue misterioso, y sigue
Con paso rápido, y ya
Se remonta ante sus ojos
En alas del huracán,
Visión sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendaval:

Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña o está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad,
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese a hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve a culpar,
Y jura, y siguen andando
Ella delante, él detrás.

«¡Vive Dios!, dice entre sí,
O Satanás se chancea,
O no debo estar en mí,
O el Málaga que bebí
En la cabeza aún humea.

»Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar a muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compás de tal concierto.

»Y el juicio voy a perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué a ver,
Como mulas de alquiler.
Andando con campanillas.

»Y esta mujer ¿quién será?
Mas si es el diablo en persona,
A mí qué diantre me da?
Y más que el traje en que va
En esta ocasión, le abona.

»Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar:
Andar así es desatino:

O habéis perdido el camino,
O esto es andar por andar.

»Ha dado en no responder,
Que es la más rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura».

En tanto don Félix a tientas seguía,
Delante camina la blanca visión.
Triplica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilón.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.

Ruido de pasos de gente que viene,
A compás marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene.
Y rezar parece en confuso son.

Llegó de don Félix luego a los oídos,
Y luego cien luces a lo lejos vio,
Y luego, en hileras largas divididos
Vio que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venían;
Y luego más cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traían
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo
Cuando todo anuncia que habrá de morir.

Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento a merced,

Cuando una voz triste las horas le cuenta
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpar,
Quien, como don Félix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga a pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pie, indiferente
El féretro mira don Félix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él...!

Él mismo, su imagen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:
Y duda, y se palpa, y fría pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme a mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

»Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan a enterrar?

—Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar—,
Respondió el encapuchado.

»Mientes, truhán —No por cierto—
Pues decidme a mí quién soy,
Si gustáis, porque no acierto
Cómo a un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

»—Yo no os conozco. —Pardiez,
Que si me llego a enojar
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcan ya a Montemar.

»¡Villano..., más esto es
Ilusión de los sentidos,
El mundo que anda al revés.
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspies.

»¡El fanfarrón de don Diego!
De sus mentiras reniego,
Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fue luego
Contando que me mató».

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desdén volvió;
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y a la devota dama se acercó.

«Conque, en fin, ¿dónde vivís?
Que se hace tarde, señora.
—Tarde, aún no; de aquí a una hora
Lo será. —Verdad decís,
Será más tarde que ahora.

»Esa voz con que hacéis miedo
De vos me enamora más:

Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

»—Cada paso que avanzáis
Lo adelantáis a la muerte,
Don Félix. ¿Y no tembláis,
Y el corazón no os advierte
Que a la muerte camináis?».

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus pies la tierra retembló.
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vio en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes:
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vio y no tembló: mano a la espada
Puso y la sombra intrépido embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada;
Sólo fijos en él los ojos vio.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo,
Y en él creciendo el infernal anhelo,
Con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acábese por fin tanto embolismo.

»Que de tanto sermón, de farsa tanta,

Juro, pardiez, que fatigado estoy:
Nada mi firme voluntad quebranta,
Sabed en fin que donde vayáis voy.

»Un término no más tiene la vida:
Término fijo; un paradero el alma:
Ahora adelante». Dijo, y en seguida
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama a una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que a un misterioso impulso obedecieron,
Y tras la dama el estudiante entró:
Ni pajes ni doncellas acudieron:
Y cruzan a la luz de unas bujías
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la visión como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blando manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido.
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar a su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcían,
Y en torno en movimientos desiguales
Las sombras se alejaban o venían;
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estatuas se veían,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve borrascoso viento.

En un silencio aterrador y frío
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuchó: callado,
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas a las muertas horas
Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huida;
Ellas solas y tristes moradoras
De aquella negra, funeral guarida,
Cual soñada fantástica quimera,
Vienes a ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan lejos cual carbones rojos,
Y espantaran la misma valentía:
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansión sombría.
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,
Alta la frene, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina:
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza a su trono y le provoca a duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada, sí, pero jamás vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su límite a la cárcel de la vida,
Y a Dios llama ante él a darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los labios, y la vista osada:
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detrás,
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único ruido,
Que de aquella mansión los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena:
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusión descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana,
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía
De la alma dicha la ilusión parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece:
Blanca, flotante nube, que en la umbría
Noche, en alas del céfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento:

Humo suave de quemado aroma
Que al aire en ondas a perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,

Cual un broche su cima al éter prende;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los pies el suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica visión del blanco velo:
Imagen fiel de la ilusión dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo.
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino,
Infinito prolóngase y se extiende,
y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil descende,
Y envuelto en el violento torbellino
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, a los abismos rueda:

Y de escalón en escalón cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo.
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracán oyendo,
Ya ante él pasando en confusión el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,

Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos.
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sandía pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente para,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pie se alzó:
Y fue el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y alrededor miró,
Y al pie de un triste monumento hallola
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y a un tiempo a Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó también que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto, recobrada su osadía,
Y a terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafía
Con firme pecho y decisión segura:
A la blanca visión su planta guía,
Y a descubrirse el rostro la conjura,
Y a sus pies Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer o visión,
Que, a juzgar por el camino

Que conduce a esta mansión,
Eres puro desatino
O diabólica invención:

»Siquier de parte de Dios,
Siquier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí a los dos?
Decidme en fin ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quién hablo:

»Que más que nunca palpita
Resuelto mi corazón,
Cuando en tanta confusión,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razón.

»Que un poder aquí supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado
Esta aventura al extremo».
Fúnebre
Llanto
De amor,
Óyese
En tanto
en son1390

Flébil, blando,
Cual quejido
Dolorido
Que del alma
Se arrancó:
Cual profundo
¡Ay! que exhala
Moribundo
Corazón.
Música triste,
Lánguida y vaga,
Que a par lastima

Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,
Como el murmullo
De algún recuerdo
De antiguo amor.
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazón.
Mágico embeleso,
Cántico ideal,

 Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentando va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre.
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracán,
Que apenas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad.

 Y en rápido crescendo,

Los lúgubres sonidos
Más cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas,
Que retumbando va.
Cual rugen las entrañas
De horrísono volcán.

Y algazara y gritería.
Crujir de afilados huesos,
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos,
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento,
Separando sus juntas
Irse poco a poco abriendo.

Siente Montemar, y el ruido
Más cerca crece, y a un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorrumpir en lamentos:
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó;

Sintió, removidas las tumbas,
Crujir a sus pies con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahínco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansión,
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo ruido
Cien espectros alzarse miró:

De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él;
Y después entre sí se miraron,
Y a mostrarle tornaron después;

Y enlazadas las manos siniestras,
Con dudoso, espantado ademán
Contemplando, y tendidas sus diestras
Con asombro al osado mortal.

Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmóvil, irónica mueca
Inclinaron, formando en redor.

Y entonces la visión del blanco velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, cruel, nerviosa y fría,
Histérica y horrible sensación,
Toda la sangre coagulada envía
Agolpada y helada al corazón...

Y a su despecho y maldiciendo al cielo
De ella apartó su mano Montemar,

Y temerario alzándola a su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!, los ecos retumbaron;
¡La esposa al fin que su consorte halló!
Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!

Y ella entonces gritó: ¡Mi esposo! Y era
(¡Desengaño fatal! ¡Triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera,
¡La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aún brotando sangre de su corazón,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha también Montemar:
«—Al fin la palabra que disteis cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

»Mi muerte os perdono. —Por cierto, don Diego
Repuso don Félix tranquilo a su vez,
Me alegre de veros con tanto sosiego,
Que a fe no esperaba volveros a ver.

»En cuanto a ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venisme a ofrecer:
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
Mas no se os figure que os quiera ofender.

»Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.

»Mas antes decidme si Dios o el demonio
Me trajo a este sitio, que quisiera ver
Al uno o al otro, y en mi matrimonio

Tener por padrino siquiera a Luzbel:

»Cualquiera o entrambos con su corte toda,
Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo a mi boda...
Hermano don Diego, ¿no pensáis así?».

Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademán
Miradas audaces de altivo desdeño,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,
Los fríos, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad:
Y con su boca cavernosa busca
La boca a Montemar, y a su mejilla
La árida, descarnada y amarilla
Junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,
Aún más sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor.
Pugna con ansia a desasirse en vano,
Y cuanto más airado forcejea,
Tanto más se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso a seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,

Levantose en su cóncavo hueco
Semejante a un aullido una voz
Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amó:
Su boca a su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.

»Y en mutuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz:
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites, y sea
La tumba su lecho nupcial».

Mientras, la ronda frenética
Que en raudo giro se agita,
Más cada vez precipita
Su vértigo sin ceder;
Más cada vez se atropella,
Más cada vez se arrebatata,
Y en círculos se desata
Violentos más cada vez:

Y escapa en rueda quimérica
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres aullidos
Que pavorosos se extienden,

Los aires rápidos hienden
Más prolongados aún.

Y a tan continuo vértigo
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto,
Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo.
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle, Montemar;
Y a par que más su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca, vil materia
Comienza a desmayar.

Y siente un confuso
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afán:
Y sombras y luces,
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.

Y luego a lo lejos,
Flébil en su oído,
Eco dolorido
Lánguido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:
Y siente luego
Su pecho ahogado

Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados,
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho
Y a su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.

Y vio luego
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró.

Tal dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,
Leve,
Breve
Son.

En tanto en nubes de carmín y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día:
Serenos el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, transparente y fría,
Vierte a la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían
Sus sombras y quiméricas mujeres,
Y a su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres:
Y a su trabajo y a su afán volvían
Los hombres y a sus frívolos placeres,
Algunos hoy volviendo a su faena
De zozobra y temor el alma llena:

¡Qué era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo a Salamanca
Había en fin por Montemar venido!...
Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

ANTOLOGÍA

El diablo mundo
(Selección)

A mi amigo Don Antonio Ros de Olano.

INTRODUCCIÓN

CORO DE DEMONIOS

Boguemos, boguemos,
La barca empujad,
Que rompa las nubes,
Que rompa las nieblas,
Los aires, las llamas,
Las densas tinieblas,
Las olas del mar.

Boguemos, crucemos,
Del mundo el confín;
Que hoy su triste cárcel quiebran
Libres los diablos en fin,
Y con música y estruendo
Los condenados celebran,
Juntos cantando y bebiendo,
Un diabólico festín.

EL POETA

¿Qué rumor
Lejos suena,
Que el silencio
En la serena
Negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,
Tendido en el escape volador,
O el áspero rugir de hambrienta fiera,
O el silbido tal vez del aquilón?

* * *

¿O el eco ronco de lejano trueno
Que en las hondas cavernas retumbó,
O el mar que amaga con su hinchado seno,
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?
Densa niebla
Cubre el cielo,
Y de espíritus
Se puebla
Vagarosos,
Que aquí el viento
Y allí cruzan,
Vaporosos
Y sin cuento.

Y aquí tornan.
Y allí giran,
Ya se juntan,
Se retiran,
Ya se ocultan,
Ya aparecen,
Vagan, vuelan,
Pasan, huyen,
Vuelven, crecen,

Disminuyen,
Se evaporan,
Se coloran,
Y entre sombras
Y reflejos,
Cerca y lejos
Ya se pierden,
Ya me evitan
Con temor,
Ya se agitan
Con furor,
En aérea danza fantástica
A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas,
De formas diversas, de vario color,
En cabras y sierpes montados y en cuervos,
Y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros lanzan y aullidos,
Silbos, relinchos, chirridos,
Y en desacordado estrépito,
El fantástico escuadrón
Mueve horrenda algarabía,
Con espantosa armonía
Y horrisona confusión.

Del toro ardiente al mugido
Responde en ronco graznar
La malhadada corneja,
Y al agorero cantar
De alguna hechicera vieja,
El gato bufa y maúlla,
El lobo erizado aúlla,
Ladra furioso el mastín;
Y ruidos, voces y acentos
Mil se mezclan y confunden,
Y pavor y miedo infunden
Los bramidos de los vientos;
Que al mundo amagan su fin

En guerra los elementos.

Relámpago rápido
Del cielo las bóvedas
Con luz rasga cárdena
Y encima descúbrese
Jinete fantástico,
Quizá el genio indómito
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
En bosques, montañas, cavernas, torrentes:
Quizá son del miedo los genios potentes
Que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,
Y tronchando añosos árboles,
Irresistible su ímpetu,
Teñida en colores lívidos,
Gigante forma flamígera
Cabalga en el huracán.
Quizá el genio de la guerra,
Cuya frente tornasola
Con roja vaga aureola
El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,
Allí rebrama la mar,
Altísima catarata
Zumba y despéñase allá;

Allí torrentes de lava
Lanza mugiente volcán,
Aquí temerosa tromba
Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles
Ávida sorbe al pasar.
Allí colgada la luna,
Con torva, cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil
En la inmensa oscuridad,
Más entristece que alumbra,
Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra
Se escuchan, y el golpear
Del acero, y de las trompas
El estrépito marcial.

Aquí relinchar caballos
Y estruendo de pelear;
Allí retumban cañones,
Lamentos suenan allá.

Y alaridos, voces, ayes
Y súplicas y llorar,
Aquí desgarradas músicas
Y cantares; acullá.

Ruido de gentes que danzan
Con bullicioso compás;
Acá risas y murmullos,
Riñas ya gritos allá.

Allí el estruendo se escucha
De amotinada ciudad,
Carcajadas, orgías, brindis,
Y maldecir y jurar.

Aquí el susurro entre flores
Del cefirillo galán,
Allí el eco interrumpido
De algún suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,
De alguna trova el final;
Todo en confusa discordia
Se oye a un tiempo resonar,

Breve compendio del mundo,
La tartárea bacanal,
Y trastornan y confunden
Tanto estrépito a la par:

Y aturden, turban, marean
Tanta visión, tanto afán.

UN CORO

Allá va la nave;
¿Quién sabe do va?
¡Ay! ¡Triste el que fía
Del viento y la mar!

* * *

Como nubes que en negra tormenta
Precipita violento huracán,
Y en confuso montón apiñadas,
De tropel y siguiéndose van,

Y visiones y horrendos fantasmas,
Monstruos raros de formas sin fin,
Y palacios, ciudades y templos,
Nuestros ojos figuran allí;

Y entre masas espesas de polvo
Desparece la tierra tal vez,
Cual gigante cadáver que cubre
Vil mortaja de lienzo soez;

Como zumba sonante a lo lejos
El doliente rugido del mar,
Cuando rompe en las rocas sus olas
Fatigadas de tanto luchar;

Y la brisa en la noche serena
En sus ráfagas trae la canción,
Que al compás, de los remos entona,
Mar adentro quizá un pescador:

Así, en turbio veloz remolino
El diabólico ejército huyó.
Vagarosas pasaron sus sombras,
Y el crujir de sus alas sonó.

Y en el yermo fantástico espacio,
Largo tiempo se oyó su cantar,
Y a lo lejos el flébil quejido
Poco a poco armonioso expirar.

Embargada y absorta la mente,
En incierto delirio quedó,
Y abrumada sentí que mi frente
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía
Sus clamores y cántico oí,
Y el tumulto y su inquieta porfía
Encerrado en mí mismo sentí.

Así al son agudo de bélica trompa,
Y al compás del golpe que marca el tambor,
Brioso en alarde y magnífica pompa,
En orden desfila guerrero escuadrón.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones
Pasan, y los ojos en confuso ven
Brillar aun las armas, ondear los pendones,
Fantásticas plumas del viento al vaivén,

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente,
Y se oye a lo lejos un vago rumor,
Y queda en su encanto suspensa la mente,
Y oír y ver piensa después que pasó.

Mas ya del primer albor
La luz pura tiñe el cielo,
Y al naciente resplandor,
Naturaleza su velo
Pinta con vario color.

Y se esparce por el mundo
Un armonioso contento,
Un confuso movimiento,
Que en pensamiento profundo

Suspende el entendimiento.

¿Es verdad lo que ver creo?
¿Fue un ensueño lo que vi
En mi loco devaneo?
¿Fue verdad lo que fingí?
¿Es mentira lo que veo?

CANTO I

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se ve.
Suenan las doce en el reló vecino
Y el libro cierra que anhelante lee
Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano
La ya rugosa y arrugada frente,
Y un pensamiento fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente.
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano,
Vuelve a leer, y en tanto que obediente
Se somete su vista a su porfía,
Lánzase a otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»
Con sonrisa sarcástica exclamó.
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desdén cerró;
Lóbrega tempestad su frente obscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luego
Una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay, para siempre, dijo, la ufanía
Pasó ya de la hermosa juventud.
La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron, ¡ay!, las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataúd,
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte a pasos de gigante avanza.

»¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?

¡Un misterio también!... Corren los años
Su rápida carrera, y, escondida,
La vejez llega envuelta en sus engaños;
Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio a nuestros daños;
Un sueño es lo presente de un momento,
¡Muerte es el porvenir; lo que fue, un cuento!...

»Los siglos a los siglos se atropellan;
Los hombres a los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias a la muerte ceden;
La luz que sus espíritus destellan
Muere en la niebla que vencer no pueden,
¡Y es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura!

»¡Oh, si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre joven e inmortal,
Y de la vida el sol le sonriera,
Eterno de la vida el manantial!
¡Oh, cómo entonces venturoso fuera;
Roto un cristal, alzarse otro cristal
De ilusiones sin fin contemplaría,
Claro y eterno sol de un bello día!...

»Necio, dirán, tu espíritu altanero
¿Dónde te arrastra, que, insensato, quiere
En un mundo infeliz, perecedero,
Vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento!...».

Todos más de una vez hemos pensado
Como el honrado viejo en este punto;
Y mucho nuestros frailes han hablado,
Y Séneca y Platón sobre el asunto;
Yo por no ser prolijo ni cansado

(Que ya impaciente a mi lector barrunto),
Diré que al cabo, de pensar rendido,
Tendióse el viejo y se quedó dormido.

* * *

Y porque fatigarte más no quiero,
Caro lector, al otro canto espera,
El cual sin falta seguirá; se entiende
Si éste te gusta y la edición se vende...

CANTO II

A TERESA

DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra,
¡Paz a los hombres!, ¡gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!
(María, por D. Miguel de los Santos Álvarez)

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay!, que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón sólo un gemido,
¡Y el llanto que al dolor los ojos niegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmín y nieve pura,
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! a mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...

¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡Cuán suave resonó en mi oído,
El bullicio del mundo y su ruido!

 Mi vida entonces, cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera
Y al soplo de los céfiros suave
Orgullosa desplega su bandera,
Y al mar dejando que a sus pies alabe
Su triunfo en roncós cantos, va velera,
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora.

 ¡Ay! En el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba; el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente.
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella, el amor, cual rica fuente
Que entre frescura y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

 Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía,
La libertad, con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

 El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano macedonio alzando
Y al espantado pueblo arrebatando.

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay!, arrancada de sus patrios lares,
Joven cautiva, al rayo de la luna,
Lamentando su ausencia y su fortuna.

El dulce anhelo del amor que aguarda
Tal vez, inquieto y con mortal recelo,
La forma bella que cruzó, gallarda
Allá en la noche entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta,
Mi alma alborotaban de contino,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino;
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino,
Ya al caballero, al trovador soñaba
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos extático seguía
La nave audaz que argentada raya

Volaba al puerto de la patria mía;
Yo cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre las nubes se evapora;
Sobre las cumbres que florece el mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella,
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y que su planta huella,
Y en la tarde la mar olas la ofrece
De plata y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
Mujer que nada dice a los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos:
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del placer cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazón ansía.

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquélla
Tanto delirio a realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusión de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura,

Es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora.
El que creó las sílfides y ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Edén divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡Celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡Memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer, que en imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor a mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡Ah!, ¿dónde estáis que no corréis a mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días
No consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh!, los que no sabéis las agonías
De un corazón que penas a millares,
¡Ay!, desgarraron, y que ya no llora.
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh, dichosos mil veces, sí, dichosos
Los que podéis llorar! Y ¡ay!, sin ventura
De mí, que, entre suspiros angustiosos,
Ahogar me siento en infernal tortura!
Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazón, gimiendo de amargura...
También tu corazón hecho pavesa,
¡Ay!, llegó a no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensará jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto

Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día
En que, perdido el celestial encanto
Y caída la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causara enojos?

Aún parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
En sueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro,

Y aún miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas
tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves ¡ay! como después lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba a la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura
Las horas ¡ay!, huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin... ¡Oh! ¿Quién, impío,
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Después torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,

Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aún cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulguroso,
Rayos al mundo tu esplendor vertía.
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas, ¡ay!, que es la mujer ángel caído
O mujer nada más y lodo inmundo,
Hermoso ser para llorar nacido,
O vivir como autómata en el mundo;
Sí, que el demonio en el Edén perdido
Abrasara con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego.
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente
Que a fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana;
Mas, ¡ay!, huid: el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día
En que, enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfía
Luchéis por arrancároslo a pedazos,
En que al cielo, en histérica agonía,
Frenéticos alcéis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años, ¡ay!, de la ilusión pasaron;

Las dulces esperanzas que trajeron,
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron;
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan soñada gloria
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! Al recordarte siento
Un pesar tan intenso... Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mío;
Para allí su carrera el pensamiento.
Hiela mi corazón punzante frío,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde, vil polvo, tu beldad reposa.

Y tú, feliz, que hallastes en la muerte
Sombra a que descansar en tu camino,
Cuando llegabas mísera a perderte
Y era llorar tu único destino;
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino...
¡Feliz!, la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,
Árido el corazón sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los aquilones;
Sola y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones;
Tus hijos, ¡ay!, de ti se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido,
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto

Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En ti, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta;
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, a merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
¡Ay! De tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente día,
¡Ay!, al amor abrí tu alma temprana,
y exalté tu inocente fantasía.
Yo, inocente también, ¡oh!, cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado,
Levantar para ti soñé yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo a tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo sin horas y medida
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Áridos ni una lágrima brotaban;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambiaban;
Cuando, de tu dolor triste despojos,
La vida y su ilusión te abandonaban
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía
Volviste a lo pasado el pensamiento;
Si comparaste a tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó a tu dolor tu fantasía
Tus hijos, ¡ay!, en tu postrer momento,
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez a otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de ti gritándole severa;
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y a Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh, cruel! ¡Muy cruel! ¡Martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
Morir el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente a tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano con los ojos fijos
Y extendiendo tus brazos a tus hijos.

¡Oh, cruel! ¡Muy cruel!... ¡Ah!, yo, entretanto,
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto

Y doy al mundo el exigido culto;
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién a parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!

SONETO

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa.

Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
vibra del can en llamas encendido,
el dulce aroma y el color perdido,
sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor, y hermosa nube
fingí tal vez de gloria y de alegría.

Mas ¡ay! que el bien trocose en amargura,
y deshojada por los aires sube
la dulce flor de la esperanza mía.

A JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,
ven y pónsala en mi frente,
que en un mar de lava hirviendo
mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
esos labios que me irritan,
donde aún los besos palpitan
de tus amantes de ayer.

¡Qué la virtud, la pureza!
¡Qué la verdad y el cariño!
Mentida ilusión de niño
que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
mis recuerdos; aturdida
sin sentir huya la vida,
paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,
y en ardiente sangre rojos
brillan inciertos mis ojos,
se me salta el corazón.
Huye, mujer; te detesto,
siento tu mano en la mía,
y tu mano siento fría,
y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres
inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
¡oh, maldito sea el placer!
Vuestros besos son mentira,
mentira vuestra ternura,
es fealdad vuestra hermosura,
vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,

quiero un deleite divino,
como en mi mente imagino,
como en el mundo no hay;
y es la luz de aquel lucero
que engañó mi fantasía,
fuego fatuo, falso guía
que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,
y vive aún para el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma,
siento en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo,
y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aún fingirme amores y placeres
que cierto estoy de que serán mentira?
¿Porqué en pos de fantásticas mujeres
necio tal vez mi corazón delira,

si luego en vez de prados y de flores,
halla desiertos áridos y abrojos,
y en sus sandios o lúbricos amores
fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
en alas de mi ardiente fantasía,
doquier mi arrebatada mente inquieta
dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
fuera del mundo en la región etérea,
y hallé la duda y el radiante cielo
vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria

mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno e insaciable mi deseo.
Palpé la realidad y odié la vida:
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso,
y aún deleites el alma finge y quiere;
pregunto, y un acento pavoroso
¡Ay!, me responde, desespera y muere.

«Muere, infeliz: la vida es un tormento,
un engaño el placer; no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha, ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra.

»Que así castiga Dios el alma osada
que aspira loca, en su delirio insano,
de la verdad para el mortal velada,
a descubrir el insondable arcano».

¡Oh!, cesa. No, yo no quiero
ver más, ni saber ya nada;
harta mi alma y postrada,
sólo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
pues ya murió mi ventura,
ni el placer ni la tristura
vuelvan mi pecho a turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria,
y otras jóvenes almas engañad;
nacaradas imágenes de gloria,
coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
con danza y algazara en confusión;
pasad como visiones vaporosas
sin conmovier ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
los brindis y el estruendo del festín,
y huya la noche y me sorprenda el día
en un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
como yo; tú nunca lloras;
mas, ¡ay, triste!, que no ignoras
cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contiene...
Tú también, como yo, tienes
desgarrado el corazón.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín.
Bajel pirata que llaman,
por su bravura, el Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

»Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo aquí tengo por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.
»Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

Que es mi barco, etc.

»A la voz de "¡barco viene!",
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar.
Que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.
»En las presas
yo divido
lo cogido
por igual.
Sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco, etc.

»¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna entena
quizá en su propio navío.
»Y si caigo,

¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo
sacudí.

Que es mi barco, etc.

»Son mi música mejor
aquilones,
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.
»Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar».

EL MENDIGO

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
son mi asilo,
si del ábrego el furor
troncha el roble en la montaña,
o que inunda la campaña
el torrente asolador.

Y a la hoguera
me hacen lado
los pastores
con amor,
y sin pena
y descuidado
de su cena
ceno yo.

O en la rica
chimenea,
que recrea
con su olor,
me regalo
codicioso
del banquete
suntuoso
con las sobras
de un señor.

Y me digo: el viento brama,
caiga furioso turbión;
que al son que cruje de la seca leña,
libre me duermo sin rencor ni amor.
Mío es el mundo: como el aire libre, etc.

Todos son mis bienhechores,

y por todos
a Dios ruego con fervor;
de villanos y señores
yo recibo los favores
sin estima y sin amor.

Ni pregunto
quiénes sean,
ni me obligo
a agradecer;
que mis rezos
si desean,
dar limosna
es un deber.

Y es pecado
la riqueza,
la pobreza
santidad:
Dios a veces
es mendigo,
y al avaro
da castigo
que le niegue
caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
todos al verme plañir,
sin ver son mías sus riquezas todas,
que mina inagotable es el pedir.
Mío es el mundo: como el aire libre, etc.

Mal revuelto y andrajoso,
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso
y adonde va, tras él voy.
Y a la hermosa
que respira
cien perfumes,
gala, amor,

la persigo
hasta que mira,
y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.
Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos
y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no transpire en medio del placer.
Mío es el mundo: como el aire libre, etc.

Y para mí no hay mañana,
ni hay ayer;
olvido el bien como el mal,
nada me aflige ni afana;
me es igual para mañana
un palacio, un hospital.
Vivo ajeno
de memorias;
de cuidados
libre estoy.
Busquen otros
oro y glorias,
yo no pienso
sino en hoy.
Y do quiera
vayan leyes,
quiten reyes,

reyes den.
Yo soy pobre,
y al mendigo,
por el miedo
del castigo,
todos hacen
siempre bien.

Y un asilo donde quiera,
y un lecho en el hospital
siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
mi cuerpo miserable al expirar.

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

EL REO DE LA MUERTE

¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

I

Reclinado sobre el suelo
con lenta amarga agonía,
pensando en el triste día
que pronto amanecerá,
en silencio gime el reo
y el fatal momento espera
en que el sol por vez postrera
en su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo,
y la enlutada capilla,
lánguida vela amarilla
tiñe en su luz funeral,
y junto al mísero reo,
medio encubierto el semblante,
se oye al fraile agonizante
en son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
y alza los ojos al cielo;
tal vez eleva en su duelo
la súplica de piedad:
¡Una lágrima!, ¿es acaso
de temor o de amargura?
¡Ay!, ¡a aumentar su tristura
vino un recuerdo quizá!!!

Es un joven y la vida
llena de sueños de oro
pasó ya, cuando aún el lloro
de la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,

¡y su madre que le llora
para morir así ahora
con tanto amor le crió!!!

Y a par que sin esperanza
ve ya la muerte en acecho,
su corazón en su pecho
siente con fuerza latir,
al tiempo que mira al fraile
que en paz ya duerme a su lado,
y que ya viejo y postrado
le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor a deshora
rompe el silencio? Resuena
una alegre cantilena
y una guitarra a la par,
y gritos y de botellas
que se chocan, el sonido,
y el amoroso estallido
de los besos y el danzar.

Y también pronto en son triste
lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

Y la voz de los borrachos,
y sus brindis, sus quimeras,
y el cantar de las ramerás,
y el desorden bacanal
en la lúgubre capilla
penetran, y carcajadas,
cual de lejos arrojadas
de la mansión infernal.

Y también pronto en son triste
lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

¡Maldición! Al eco infausto
el sentenciado maldijo
la madre, que como a hijo
a sus pechos le crió;
y maldijo el mundo todo,
maldijo su suerte impía,
maldijo el aciago día
y la hora en que nació.

II

Serena la luna
alumbra en el cielo,
domina en el suelo
profunda quietud.
Ni voces se escuchan,
ni ronco ladrido,
ni tierno quejido
de amante laúd.

Madrid yace envuelto en sueño,
todo al silencio convida,
y el hombre duerme y no cuida
del hombre que va a expirar.
Si tal vez piensa en mañana,
ni una vez piensa siquiera
en el mísero que espera
para morir, despertar;

que sin pena ni cuidado
los hombres oyen gritar:
¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

¡Y el juez también en su lecho
duerme en paz!!, ¡y su dinero
el verdugo placentero
entre sueños cuenta ya!!
Tan solo rompe el silencio

en la sangrienta plazuela
el hombre del mal que vela
un cadalso a levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
sueños de angustia y fiebre y devaneo
el alma envuelven del confuso reo,
que inclina al pecho la abatida frente.
Y en sueños
confunde
la muerte,
la vida,
recuerda
y olvida,
suspira,
respira
con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
vaga y siente miedo y frío,
y en su horrible desvarío
palpa en su cuello el dogal;
y cuanto más forcejea,
cuanto más lucha y porfía,
tanto más en su agonía
aprieta el nudo fatal.

Y oye ruido, voces, gentes,
y aquella voz que dirá:
¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

O ya libre se contempla,
y al aire puro respira,
y oye de amor que suspira
la mujer que un tiempo amó,
bella y dulce cual solía,
tierna flor de primavera,
el amor de la pradera
que el abril galán mimó.

Y gozoso a verla vuela,
y alcanzarla intenta en vano,
que al tender la ansiosa mano
su esperanza a realizar,
su ilusión la desvanece
de repente el sueño impío
y halla un cuerpo mudo y frío
y un cadalso en su lugar.

Y oye a su lado en son triste
lúgubre voz resonar:
¡Para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar!

EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,
de su crimen la víctima fui;
y se evitan de odiarse a sí mismos,
fulminando sus odios en mí.

Y su rencor
al poner en mi mano, me hicieron
su vengador;
y se dijeron:

«Que nuestra vergüenza común caiga en él;
se marque en su frente nuestra maldición;
su pan amasado con sangre y con hiel,
su escudo con armas de eterno baldón
sean la herencia
que legue al hijo,
el que maldijo
la sociedad».

Y de mí huyeron,
de sus culpas el manto me echaron,
y mi llanto y mi voz escucharon
¡sin piedad!

Al que a muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
imaginan los hombres tal vez?

Y ellos no ven
que yo soy de la imagen divina
¡copia también!
Y cual dañina
fiera a que arrojan un triste animal,
que ya entre sus dientes se siente crujir,
así a mí, instrumento del genio del mal
me arrojan el hombre que traen a morir.
Y ellos son justos,
yo soy maldito,
yo sin delito

soy criminal:

Mirad al hombre

que me paga una muerte; el dinero
me echa al suelo con rostro altanero,
¡a mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
y del reo el histérico ¡ay!
y el crujir de los nervios rompidos
bajo el golpe del hacha que cae,
son mi placer,
y al rumor que en las piedras rodando
hace, al caer,
del triste saltando
la hirviente cabeza de sangre en un mar,
allí entre el bullicio del pueblo feroz
mi frente serena contemplan brillar,
tremenda, radiante con júbilo atroz.

Que de los hombres
en mí respira
toda la ira,
todo el rencor;
que a mí pasaron
la crueldad de sus almas impía,
y al cumplir su venganza y la mía
¡gozo en mi horror!

Ya más alto que el grande, que altivo
con sus plantas hollara la ley,
al verdugo los pueblos miraron
y mecido en los hombros de un rey;
y en él se hartó,
embriagado de gozo aquel día
cuando expiró;
y su alegría
su esposa y sus hijos pudieron notar;
que en vez de la densa tiniebla de horror,
miraron la risa su labio amargar,
lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo

con su encono
sobre el trono
se asentó.
Y aquel pueblo
que tan alto le alzara bramando
otro rey de venganzas, temblando,
en él miró.

En mí vive la historia del mundo
que el destino con sangre escribió,
y en sus páginas rojas Dios mismo
mi figura imponente grabó.
La eternidad
ha tragado cien siglos y ciento,
y la maldad
su monumento
en mí todavía contempla existir.
Y en vano es que el hombre do brota la luz
con viento de orgullo pretenda subir:
¡Preside el verdugo los siglos aún!
Y en cada gota
que me ensangrienta,
del hombre ostenta
un crimen más
Y yo aún existo,
fiel recuerdo de edades pasadas,
a quien siguen cien sombras airadas
¡siempre detrás!

¡Oh!, ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
presta gracia a tu risa infantil.
¡Ay!, tu candor,
tu inocencia, tu dulce hermosura
me inspira horror.
¡Oh!, tu ternura,
mujer, ¿a qué gastas con ese infeliz?
¡Oh!, muéstrate madre piadosa con él,
¡ahógale y piensa será así feliz!

¿Qué importa que el mundo te llame cruel?

 Mi vil oficio

querrás que siga,

¡que te maldiga

tal vez querrás!

Piensa que un día

al que hoy miras jugar inocente,

¡maldecido cual yo y delincuente

 también verás!!!

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los pies
no vuelve a nacer yerba.
(Palabras de Atila)

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡A caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, a combatir volad;
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla
gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbra un cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos, etc.

Nuestros sean su oro y sus placeres,
gocemos de ese campo y ese sol;
son sus soldados menos que mujeres,
sus reyes, viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,
vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! ¡Volad! Sus cuerpos, su tesoro
huellen nuestros caballos con sus pies.
¡Hurra, cosacos, etc.

Dictará allí nuestro capricho leyes,
nuestras casas alcázares serán,
los cetros y coronas de los reyes
cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! ¡Volad! A hartar nuestros deseos,
las más hermosas nos darán su amor,
y no hallarán nuestros semblantes feos,
que siempre brilla hermoso el vencedor.
¡Hurra, cosacos, etc.

Desgarraremos la vencida Europa,
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa,
cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;
cien esclavos, sus frentes inclinando,
al mover nuestros ojos, temblarán.
¡Hurra, cosacos, etc.

Venid, volad, guerreros del desierto,
como nubes en negra confusión,
todos, suelto el bridón, el ojo incierto,
todos atropellándoos en montón.

Id en la espesa niebla confundidos,
cual tromba que arrebató el huracán,
cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñados van.
¡Hurra, cosacos, etc.

Nuestros padres un tiempo caminaron
hasta llegar a una imperial ciudad;
un sol más puro es fama que encontraron
y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tíber sus bridones;
yerta a sus pies la tierra enmudeció;
su sueño con fantásticas canciones
la falda de los triunfos arrulló.
¡Hurra, cosacos, etc.

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse

hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas míseras naciones
era ese muro que abatido fue;
la gloria de Polonia y sus blasones
en humo y sangre convertidos ved.
¡Hurra, cosacos, etc.

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin a sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡Gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! Nuestros caballos en su frente
hondas sus herraduras marcarán.
¡Hurra, cosacos, etc.

A cada bote de la lanza ruda,
a cada escape en la abrasada lid,
la sangrienta ración de carne cruda
bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá después en templos suntuosos,
sirviéndonos de mesa algún altar,
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
hartará nuestra hambre blanco pan.
¡Hurra, cosacos, etc.

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
y a esa caduca Europa a nuestros pies,
y acudirán de gozo palpitantes,
en cada hijo a contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
las coronas de Europa heredarán,
y a conquistar también otras regiones
el caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.